EL CHORÉ
SATURNINO MUNIAGURRIA



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

El Choré

SATURNINO MUNIAGURRIA

Nuestra casa se hallaba situada sobre una loma cuyas últimas estribaciones iban a morir en el río. Desde ella y en cualquier dirección que se mirara, no se divisaba nada que denunciara la obra del hombre, si se exceptúan las quintas de naranjos que indicaban el sitio de las estancias. Los árboles que formaban estas quintas eran de tamaño gigantesco y como no se hallaban plantados en línea sino de manera irregular, fácilmente hubieran podido ser tomados por montes naturales. El viento transportaba a largas distancias las fragancias de sus flores, a las que en el tránsito se mezclaban otras -de salvia, de niñorupá, de azucenas del monte, de chilcas blancas y celestes-. En las horas de calor, durante el verano, la familia se lo pasaba reunida en su sombra. Su follaje tupido suplía, para enseres y herramientas, la falta de cobertizos. El maíz acondicionado en mazorcas y colgado de sus gajos duraba sin picarse todo el año. Las ramas de mandioca apiladas en círculo contra sus troncos se mantenían frescas todo el invierno, permitiendo que, fraccionadas en pequeños trozos, fueran sembradas en la estación siguiente. El naranjo, introducido por los españoles, se hizo silvestre en Corrientes. Disputó su lugar en la selva a los árboles autóctonos y reemplazó con ventaja en la llanura al ombú de las pampas. Jamás podrá competir con él en belleza y en la utilidad que presta al hombre, este árbol de madera fofa, de tronco hendido por las verrugas y nudos que lo afean y de madera ordinaria. El naranjo lo supera en todo, menos en el tamaño, que dicho sea de paso, se reduce en el ombú con los años, pues a su madera le falta la consistencia necesaria para resistir las tormentas y huracanes que continuamente lo azotan y desgajan. El naranjo fue para el habitante de la campaña correntina una especie de Dios tutelar -lo fue mucho antes para el indio, que hizo de él la mansión predilecta de sus *poras-.* Tomó parte en todos sus duelos y alegrías. Soportó el peso de las cruces que le colgaron en los flancos o recostaron contra su tronco. Permitió que la vela de sebo alumbrara desde la cavidad que el tiempo abrió en su entraña, la tumba de los que fueron enterrados a su arrimo. Pero también se transformó en cancha de baile cuando llegada la hora de alegrarse y divertirse, la gente se arremolinó bajo él a gozar de la embriaguez de sus flores, compartida con la del amor. Estrechamente vinculado a las generaciones con las cuales convivió, siguió de cerca sus pasos, languideciendo luego y concluyendo por desaparecer. Le ocurrió lo que al indio. Hoy a la puerta de los ranchos no se ve sino uno que otro naranjo raquítico, con las hojas comidas por las hormigas y las ramas descortezadas por las langostas. ¿Qué pasó? El afán europeizante de que vivimos contagiados nos indujo a introducir especies nuevas, que nos dijeron producirían fruta mejor. Sería mejor o peor. Pero las plagas de que vinieron acompañadas -gomosis, secosis, lepra, infinidad de cochinillas-, no pudieron ser peores. Tomado por sorpresa, el naranjo criollo no pudo resistir, y antes de mucho tiempo nuestras quintas -centenarias las más de ellas- se transformaron en cementerios de árboles. ¡Ellos, que habían resistido victoriosamente a todas las plagas regionales -luchaban entonces de igual a igual-, se sentían ahora indefensos! En el decurso de los años sin duda fueron acumulando los elementos químicos que los tornarían inmunes contra las plagas locales. Pero no estaban preparados para resistir las de afuera. De la misma manera, los aborígenes murieron a millares contagiados por la tuberculosis, la sífilis y otras enfermedades parecidas. Nuestro crimen es tanto más de lesa majestad cuanto que el naranjo criollo no sólo producía fruta de mejor calidad, sino mucho más abundante.

La estancia más inmediata a la nuestra era la del compadre Domínguez. La casa se hallaba edificada en la falda de una loma, al pie de la cual había una laguna.

-¿Por qué la levantó tan cerca del agua? - preguntóle un día mi padre.

-Para tenerla más a nuestro alcance.

-Pero, ¿y los mosquitos?

-A los mosquitos se los combate con humo de bosta de vaca.

Esta respuesta da la pauta de como se vivía en aquel lejano entonces. Se vivía de lo indispensable, de lo que demandaba menos esfuerzo, de lo que se hallaba más al alcance de las manos, si ello representaba una economía de trabajo con relación a cosas de valor más efectivo pero más difíciles de adquirir. Se desconocía la importancia de lo mediato, en cuanto

esta palabra era sinónima de ahorro, de previsión, de acumulación de esfuerzos con miras al porvenir. Todo eso era lejano y carecía de importancia, como lejanos eran los horizontes ilimitados que se tenía por delante, la marcha de las nubes o el vuelo de las aves, cruzando a gran altura sin saberse a dónde iban y porqué volvían; lejanos y desprovistos de todo interés.

Nuestra permanencia en el campo creó a mis padres varios problemas que urgía resolver, siendo el más importante el que se relacionaba con nuestra educación. De los cinco hermanos que éramos -después nacieron otros-, el mayor, que ya ayudaba a mi padre en sus quehaceres, había cumplido los once años. Los restantes, entre los cuales estaba yo, nos hallábamos dentro de la edad que hace obligatoria la concurrencia en las escuelas.

Tenía entonces diez años cumplidos y mi inteligencia empezaba a asimilar rápidamente las ideas con las cuales entraba en contacto. Los pedagogos modernos opinan que el niño debe ingresar en la escuela a más tardar a los siete años. No me atrevería a afirmar que están en lo cierto. La inteligencia del niño crece por etapas naturales y es inútil pretender hacerle adquirir conocimientos que no corresponden al desarrollo de cada una de ellas. Fuera del peligro que se corre, de viciar el órgano por someterlo a un ejercicio inadecuado. Llegado el niño a la edad conveniente, su inteligencia recupera en breve plazo lo que ha dejado de aprender. Las exigencias actuales tienen, sin embargo, su explicación. La vida se ha complicado a tal punto que es necesario una mayor suma de conocimientos para resolver los nuevos problemas creados y hacer frente a las situaciones que suelen traer aparejadas. A lo que podría agregarse que fuera de la escuela el niño nada aprende. La familia ha dejado de ser para él, lo que era. La casa es hoy sólo un sitio de tránsito, el lugar donde sus miembros se reúnen a descansar, para lanzarse, apenas recuperadas las fuerzas, nuevamente a la calle.

Para el niño, en cambio, que ha nacido y se ha criado en el campo y cuenta además con una dirección inteligente, todo es motivo de observación y aprendizaje. Se ve obligado a vencer por sí solo sus mil pequeñas dificultades, empezando por sus juguetes que debe fabricárselos él mismo. El correr de las nubes, el vuelo de las aves y el deslizamiento de las aguas despiertan su inteligencia y lo invitan a echar a volar su imaginación, mucho más que cuantos dibujos animados pueda brindarle la escuela. El ave fabricándose por sí sola el nido y la flor que ve crecer sin otro riego que el del rocío, le dan el ejemplo de bastarse a sí mismo, primera noción que habría que inculcársele y de la cual la escuela suele prescindir. Noción que en muchos casos contribuye a atrofiar -por ejemplo cuando asigna al niño deberes que sólo puede cumplirlos con la ayuda de otros, lo que es común-. Entendiéndolo así mi padre y frente a la dificultad de encontrar maestros que se prestaran a salir al campo, hubiera dejado pasar algún tiempo más sin tomar uno, si una razón de peso no lo hubiera decidido a no perder más tiempo: el guaraní. Se creía en aquella época que la pronunciación de este idioma perjudicaba a la del castellano -lo cual es un error, pues al niño que hable al mismo tiempo dos idiomas, cualesquiera que ellos sean, ocurre siempre lo mismo-. De andar por los galpones, en diario contacto con la gente de servicio, el guaraní se nos había metido en la cabeza y desalojado en cierto modo al castellano. Aun bajo la vigilancia del maestro durante las horas de clase, y la de nuestros padres fuera de ellas, los ticó, los *neí,* los pa, los *hayé, y* otras varias palabras parecidas, seguían escapándose de nuestros labios, involuntariamente, rebeldes a todo control. Es que se trataba de partículas que carecían de equivalentes en castellano y cuya fuerza expresiva no tenía para nosotros parangón. Mi padre se trasladó pues, a San Roque, a buscar el maestro que necesitábamos. Pasamos un par de días de espectativa. Por fin vimos llegar a nuestro padre, en compañía de él. Los que íbamos a ser sus alumnos nos adelantamos a recibirlo. Se llamaba Simón Serrano. Traía una guitarra en bandolera, en cuya posición la mantuvo hasta que, instalado en la pieza destinada a servirle de habitación, la colgó en un clavo en la pared. Era un hombre grande y adiposo. Caminaba hamacándose. Su rostro tenía el color del tabaco recogido verde y secado a la sombra. Sus largos brazos terminaban en unas manos ordinarias, cuyos dedos eran tan gruesos que se veía obligado a mantenerlos separados. La blusa que llevaba puesta le resultaba corta, por lo que entre sus bordes y el pantalón, quedaba un espacio como de dos dedos, por donde asomaba la camisa. En su cara chata, en

forma de luna en cuarto creciente, sus ojos de color castaño, grandes y saltones, se movían con lentitud cuando por dirigirle alguien la palabra, tenía que fijarse en él. Un bigote negro y espeso, cuyas guías apuntaban hacia abajo, disimulaba la depresión de la boca. Se echaba de ver la humildad de su condición en las alpargatas que calzaba. Mientras contestaba las preguntas que se le hacían, lo observaba todo atentamente -la casa, los anchos corredores, el mobiliario que se dejaba ver por las puertas abiertas de par en par, el patio soleado, y más allá, la quinta, conservando todavía parte de sus frutas, cuando en las otras no quedaba ninguna ya-. "Nunca he visto una casa más cómoda, más limpia y más linda que ésta" -exclamó-. "Me va a resultar muy agradable vivir en ella".

Las clases empezaron enseguida. Como mis hermanas concurrían también a ellas, a las que se sumaban los hijos de algunos vecinos, el total de alumnos alcanzó a doce. A última hora y por disposición de mi padre, ingresó también Perucho, un indiecito doméstico. El maestro reputó de mal agüero este ingreso, por corresponderle el número trece. Su pronóstico, desgraciadamente, se cumplió, por lo menos en cuanto al alumno últimamente incorporado.

Para aprender a escribir y hasta tanto llegara una partida de cuadernos y lápices, encargada a Goya por mi padre, se hechó mano a cuanto papel en blanco se halló en la casa. Para enseñarnos a contar y formar cantidades con los números, el maestro empleó *pichicas* de oveja, que recogíamos de la basura. Cada vez que iba a hablar aspiraba bruscamente el aire y lo dejaba escapar luego pausadamente, junto con las palabras que pronunciba. Naturalmente, esto provocaba nuestra risa. Él fingía no ver, pero cuando íbamos más allá de cierto límite, se impacientaba, pegaba un puñetazo en la mesa que le servía de escritorio, zapateaba sobre la tabla sostenida por dos ladrillos, en que apoyaba los pies, echaba el pecho hacia afuera y exclamaba creyendo expresarse en el más correcto castellano:

-¡Cállesen de una vez!

O si no, cuando las cosas subían de punto:

-¡Báyasen al diablo!

El orden en las clases era relativo. Perucho, el mayor de los alumnos de la escuela, se había vuelto insoportable. No atendía las explicaciones del maestro; cuando éste lo interrogaba sobre algo, se ponía a reír por toda respuesta; nos pellizcaba por debajo del asiento; tiraba pelotas de papel al frente, y hacía blanco sobre las palomitas picuís que picoteaban la arena del patio, arrojándoles cascotes por la ventana. Sordo a los apercibimientos del maestro, éste no tuvo más remedio que hacerse sentir. Los sacudones no bastaron. Lo puso varias veces de plantón detrás de la puerta, con igual resultado. Concluyó por expulsarlo de la clase. Informado mi padre de lo que ocurría, le dio una buena tunda. El remedio resultó eficaz, pero sus efectos sólo se hicieron sentir por corto tiempo. Perucho encontraba la forma de vengarse. Le sacaba los tornillos al catre en que el maestro dormía, para que se cayera al acostarse. Le cortaba algunos hilos a la cincha de su recado, para que al hacer un esfuerzo el caballo, reventaran los demás y lo arrojara al suelo. Nadie podía probar que el autor fuera Perucho, pero el maestro sabía que era él. Esta guerra latente aunque no declarada, continuaba con ataques de una y otra parte. El maestro era mucho más hábil de lo que imaginábamos. Poco a poco nos fue sustrayendo a la influencia que su contendor ejercía sobre nosotros, para someternos a la propia. En las horas que la escuela le dejaba libres, realizaba excursiones a pie y a caballo, al regreso de las cuales siempre traía algo que contar. Invitados a participar en ellas, no tuvimos que arrepentirnos. Durante la marcha nos entretenía con sus cuentos e historietas, reales o inventadas. Nunca íbamos al encuentro de lo imprevisto, sino persiguiendo un objetivo determinado. Jamás regresábamos sin traer algo. Mas antes íbamos a bañarnos al río con Perucho, lo que era un peligro. Algo debió haber conversado el maestro con mi padre al respecto, pues éste dispuso que en lo sucesivo lo hiciéramos exclusivamente en compañía

del primero. Temerariamente el mayor de mis hermanos se arrojó un día al agua desde lo alto de la barranca. Sin duda chocó con el fondo, pues no lo vimos reaparecer. Entonces el maestro se arrojó al agua vestido como estaba y, cogiéndolo por los cabellos, lo arrastró desmayado hacia la orilla.

¡Simón Serrano, viejo y querido maestro! Poco versado en letras, pero lleno de experiencia y sabiduría para vencer las dificultades con que tropezábamos, y sacar el mayor provecho posible de las situaciones y las cosas, dentro del estrecho marco en que nuestra vida se desarrollaba, sin recibir ayuda alguna de afuera. ¿Cómo podré olvidarte? Seguiré viéndote, como lo hacías, a la tardecita, cuando todo el mundo dejaba el trabajo, e ibas a sentarte en la banquilla que te habías fabricado con tablas viejas, bajo el ibapoí, a pulsar tu guitarra deslustrada por el uso. Oigo tu voz de bajo profundo elevándose y llenando la bóveda verde, ya en sombras, formada por la copa del árbol, mientras te acompañabas con rasgueos, arrancados a las cuerdas por tus dedos desplegados sobre ellas como las varillas de un abanico. Podía ser reducido el bagaje de tus conocimientos, pero lo que nos enseñabas lo aprendíamos fácil y rápidamente, lo que demuestra todo el fervor y el empeño que ponías en ello. Por lo demás, el hecho se explica: el niño en sus comienzos, por bien dotado que sea, sacará mayor provecho de las lecciones que reciba cuando provienen de espíritus corrientes y sencillos, sin duda porque se avienen más fácilmente con ellos, como con los animales. En cambio, los hombres atiborrados de ciencia y sabiduría, lo desconciertan e intimidan.

El maestro empleaba las horas que la Escuela le dejaba libres, en la fabricación de bancos, sillas, mesas y otros enseres de que carecía nuestra casa, trabajos por los que mi padre le ofrecía siempre una retribución, que se negaba a recibir, por cuanto, según lo manifestaba, lo que hacía era sólo por no encontrar otra forma mejor de matar el tiempo. Para su mayor comodidad había trasladado al sitio en que trabajaba -un gran ibapoí situado en medio del patio-, conjuntamente con las herramientas necesarias, su guitarra, una cajita conteniendo cigarros y una de las banquillas de su fabricación, lo suficientemente ancha como para repantigarse a su gusto cuando resolvía descansar. Lo hacía a breves intervalos, ora cepillara una tabla, hundiera en ella, con el martillo, varios clavos, o serruchara un tirantillo; no sin antes estirar los brazos o bostezar largamente, dejando ver el fondo de su boca con su lengua redonda de loro y sus dientes picados y ennegrecidos por la nicotina.

-Ahora vamos a humar un rato - decía, mientras encendía un cigarro.

-¿Por qué dice humar y no fumar? - lo interrogué una vez.

-Porque lo que uno echa es humo y no otra cosa -me contestó-. A los del campo se nos critica por ignorantes, pero hay siempre una razón detrás de lo que hacemos o de lo que decimos. ¿Por qué el compadre Benítez no cuenta sino hasta diez? Porque diez son los dedos de la mano y para sus negocios no necesita más. El peso tiene diez reales -en aquella época aun no existían los centavos- y un peso le basta de ordinario para sus compras en pequeño. Para las compras mayores están los billetes de diez pesos. Entonces, ¿qué hubiera ganado con saber contar hasta cien o hasta mil? Quiero decir que cada uno debe tener su aritmética, y que para él ésta será siempre la mejor. Arriba de diez, ya no hay para el compadre sino mucho, más mucho, menos mucho. Sabe que tiene muchas leguas de campo recorriéndolas a caballo y no sumando sus hectáreas en el papel. Y sabe que tiene muchas vacas, no haciéndolas desfilar para contarlas, sino por el tiempo que emplea en dar una vuelta a sus rodeos parados. ¡Hombre más feliz jamás he visto! Los pajaritos tampoco cuentan las frutas, pero saben donde las hallarán en mayor abundancia y cuáles de entre ellas son las más dulces y sabrosas.

-Todo eso es muy original.

-Una vez, sin embargo, el compadre se vio en apuros, pero halló la forma de orillar la dificultad. De esto hace ya mucho tiempo, en oportunidad de vender una de sus tropas de novillos. El procedimiento que entonces empleó para impedir que le pagaran de menos, le resultó tan bueno que hasta ahora sigue usándolo.

-Pero andá primero a chupar unas naranjas, o si lo preferís, a hacer rabiar a tía Jesús arrojándole un puñado de sal al fuego. Sólo si no se me distrae, las cosas me salen bien.

Dicho lo cual cogió el serrucho y apretando una tabla con la rodilla, se puso a serrucharla. Cuando regresé lo hallé otra vez sentado pero no ya humando, sino templando su guitarra.

-¿Qué querés que toque? - preguntóme.

-Lo que desee.

-Elija Ud.

-¿Música o canto?

-Entonces, canto.

Con voz atiplada, que no era la natural, separando las sílabas de las palabras, y emitiendo éstas con una lentitud semejante a las de las volutas de humo del cigarro que fumaba, cantó la siguiente estrofa, mientras ponía los ojos en blanco:

Morenilla de ojos negros,

criatura angelical,

son tus ojos de querube

y tu *boca es de coral.*

-Y el que canta es un zorzal - agregué, en el deseo de halagarlo. Me miró con sus grandes ojos de batracio, y dijo:

-¡Quién sabe que pueta vas a ser vos!

-¿Por qué no, con un maestro como Ud.?

-A mí nadie me enseñó, ni a tocar la guitarra, ni a leer y escribir. Lo que sé, lo aprendí solo. El conocimiento que viene de los demás suele a menudo ser como las visitas: llegan y se van. Pero el que uno adquiere por sí mismo no se va nunca.

-No acabó de referirme cómo se las arreglaba el compadre Benítez para vender sus novillos y recibir su precio, sin saber contar - dije a mi acompañante.

-Sin saber contar sino hasta diez, creo haberte dicho. Eso viene de lejos; de los indios, que no tenían nombres sino para designar los cinco primeros números: *peteí, mocoí, mbojapí, irundí, pó. Pó* era la mano o sea cinco. Cuando necesitaban referirse a números mayores sumaban las manos y recurrían después a los pies. Vos y yo, y todos nosotros, tenemos mucho de guaraní, sino en las venas, en el corazón y en la cabeza. Más de lo que imaginás.

-Bueno; cuente lo del compadre.

-Un día vinieron unos troperos ingleses a tratearle los novillos. Empezó por convidarlos con cierta caña paraguaya -muy buena- que poseía. La hallaron excelente. Mejor hallaron elasado -un costillar de vaquilla- con que los obsequió después. Como no disponía de servilletas, tuvieron que limpiarse las manos en las cañas de sus botas.

-¿No prefieren dormir primero una siestita? -les preguntó-. Hay catres.

-Preferimos hablar del negocio que nos trae.

-Muy bien.

-¿Cuántos son, señor Benítez, los novillos que tiene vil venta?

-Han de ser como mil.

-¿No conoce el número exacto?

-Por ahí han de ser.

-¿Y cuánto pide por ellos?

-Una libra por cada uno.

-Es mucho.

-No hay mucho ni poco que valga, si no: me conviene o no. -¿Da aparte libre?

-Al aparte lo tengo ya hecho. Los novillos son todos del mismo tamaño. No hallarán entre ellos ni chicos, ni mancos, ni flacos.

-Lástima esas guampas que tienen.

-Agradézcanlo. Si no las tuvieran, ¿de qué se agarrarían si los corrieran?

-Háganos una rebaja.

-Si hallan el medio de quitarle un pedacito a cada libra sin que por ello disminuya su valor, pueden llevarse esa parte de su oro.

-No discutiremos más. Negocio hecho.

-Trato derecho. ¿Cuándo desean apartarlos?

-En seguida. Contamos con el personal necesario. No necesitamos revisarlos: los vimos al pasar por el corral y nos gustan.

Montaron en sus caballos y se dirigieron al rodeo. De paso, el compadre ordenó a uno de sus ahijados que llevara el cuero de potro, overo, sobre el cual, alumbrados por una vela de sebo, solía jugar al truco con sus visitantes. Lo hizo tender afuera, junto a la tranquera, y se sentó en él, con las piernas entreabiertas.

-¿No nos acompaña? - le preguntaron los ingleses.

-Me quedo a esperar el pago. Por cada novillo que saquen, me tiran aquí -y señalaba el espacio libre entre sus piernas una libra esterlina. Novillo afuera, plata en la tranquera. Los ingleses se miraron.

-Esto no se ha visto nunca - exclamó uno de ellos.

-Nada ha ocurrido en el mundo, por mucho que después se repita, que no haya ocurrido una primera vez. Tienen la suerte de presenciarlo.

-¿No es mejor que le paguemos todo junto?

-Para ustedes, tal vez. Para mí, no.

No hubo sino que acceder.

Al dinero abonado en esa forma, lo trasladaron en una bolsa a la casa, bajo la custodia de los ahijados.

-Dígame -pregunté al maestro-: si el compadre no sabe contar, ¿cómo puede saber si le roban o no el dinero que tiene guardado?

-No hay forma de que lo hagan. Dispone de cuantas botijuelas desea. Tan pronto como llena con él una, procede a ocultarla bajo tierra. ¿Dónde? ¡Vaya uno a saberlo, con las cinco o seis leguas de campo que posee!

-Uno de mis hermanos llegó en ese momento, trayendo un pájaro en la mano. Lo había acabado de cimbrar. Venía a pedirme le hiciera sitio en una de mis jaulas -nuestras jaulas no pasaban a menudo de ser cajones habilitados al efecto-, pues las suyas se hallaban llenas de otros pájaros. Era un *choré.* Extremadamente bravo, cuando uno trataba de cogerlo, mordía y arañaba de lo lindo. Su aspecto no ofrecía nada de particular. El color del plumaje de estas aves, de un suave marrón, un poco más pronunciado en las alas, hace que fácilmente se las confunda con el de las ramas en que se posan. De instintos gregarios como los "bosteros", con quienes a menudo suelen andar, forman a la entrada del verano bandadas, no muy numerosas, que se reúnen a cantar a la siesta a la sombra de los árboles. Accedí al pedido que se me hacía, pues era común prestarnos servicios de esta índole. Encarándose conmigo, el maestro preguntóme:

-¿Tenés algún otro *choré?*

-No.

-¿Dónde lo vas a meter, entonces?

-Con otros pájaros.

-¿Y vas a cometer ese crimen?

-¿Por qué, crimen?

-¿Qué sucedería si encerraras juntos en una jaula a un tigre y un león?

-Supongo que pelearían.

-Por supuesto. Pelearían hasta matarse. ¿Acaso no sabés que entre los pájaros ocurre algo parecido? Tal vez no lleguen a matarse, pero no porque no quieran, sino porque sus medios no se lo permiten. Un pico no es un colmillo, ni una pata una garra. Pero lo que ocurrirá con toda seguridad, es que los dos dejarían de cantar. ¿Te gustaría eso? Si han de permanecer mudos, más bien soltarlos, pues lo que queda por admirar en ellos, es decir su belleza, es mayor si se los deja en libertad. Sólo para escucharlos más de cerca uno debe aprisionarlos.

Dirigiéndose luego a mi hermano, le dijo: -Soltalo. Pero primero sacale tres plumitas del medio de la cola -dicen que trae suerte- para poder reconocerlo. Si lo oís cantar, te preguntarás: ¿Vale más un pájaro que se ha callado para siempre porque lo hemos condenado a vivir encerrado con otro, que el mismo pájaro al que hemos devuelto la libertad y que nos paga el servicio recibido cantando para nosotros una y otra vez? Respondé.

-Es un pájaro difícil de cazar. No volveré a tener otro igual.

-Lo tendrás -yo te ayudaré a cazarlo- cuando haya terminado la jaula de cañas de castilla con que te obsequiaré en pago de tu buena acción. Un pájaro como el choré merece una jaula mejor que las otras, de la cual sea el único ocupante. Porque también su canto es único en el mundo.

La especialidad del maestro era la fabricación de banquillas: banquillas para la cocina, para los corredores, para su taller de carpintero y hasta para colocarlas en la portada de acceso al patio, a fin de que nadie tuviera que esperar parado.

-Dígame una cosa - le pregunté un día.

-¿Qué?

-¿Por qué en vez de banquillas no hace más bien sillas? Son mucho más cómodas.

-Contestame primero a esta pregunta: si vos en lugar de ser cruza de correntino y extranjero -tu padre suele decir que el suyo era vasco- tuvieras que elegir entre una y otra cosa, ¿qué eligirías ser?

-Correntino, toda la vida.

-Pues me ocurre lo mismo. Si no puedo fabricar un asiento que sea silla y banquilla ala vez, hago lo que vos: me quedo con la banquilla, que es netamente correntina, y no con las sillas, que todo el mundo tiene derecho a reclamar como propias.

-¿En qué se funda para afirmar que la banquilla es exclusivamente nuestra?

-En que en todos los libros que he leído -cierto es que no son muchos- y en las estampas que he visto, no figura ninguna banquilla; y en que no hay un rancho de los nuestros que no cuente con una de ellas.

-Quizás nos venga de los indios.

-Es lo más posible. Vos sabés que el correntino puro nunca se siente más cómodo que cuando se pone de cuclillas. Y que para hacer aguas menores adopta dicha posición. Aunque quizás eso se deba a que el chiripá que usa carece de bragueta. De cualquier manera, hay una relación evidente entre la posición de cuclillas y la forma de la banquilla. Lo que hace pensar que ésta fue el primer asiento hecho por el hombre, como muchos creen que el guaraní, más propiamente dicho el *avá-ííeé* -lenguaje del hombre- fue el primer idioma que conoció.

-Es Ud. un buen observador.

-Es que tengo muchos maestros.

-¿También de guardapolvo? - Era una alusión al que llevaba puesto.

Se puso serio y me miró por debajo de las cejas.

-Mirá: el mayor defecto de una persona es reírse de las ropas que visten los demás. Si fuéramos como los pájaros, todos andaríamos bien vestidos; pero Dios nos echó desnudos al mundo y como no nos dio los medios para adquirir los vestidos que resultarían más de nuestro agrado, tenemos que contentarnos con lo que podemos agenciarnos.

-Lo dije sin ninguna mala intención.

-Y ahora dejame continuar mi trabajo.

-Dígame primero a qué maestros se refería.

-¿Y creés entonces que sólo se aprende en la escuela? Maestros son los pájaros y hasta las plantas. El dicho ese de "arrimarse al sol que más calienta", ¿qué otra cosa es que una reproducción de lo que hacen aquéllas al inclinar sus ramas del lado de donde reciben más luz? Maestros son los pájaros. ¡Y qué maestros! Fijate, por ejemplo, en el nido que construye el aloncito -nombre correntino del hornero-. No tiene puerta y sin embargo no pueden entrar sus enemigos, salvo que sea otro pájaro -el negro bostero, para no citar otros-. Su falla consiste en que la naturaleza no lo dotó de un pico suficientemente fuerte para defenderse. Eso le pasa a todos los artistas; el alonso lo es más que cualquier otro pájaro, pues canta, con cortos intervalos, desde que el sol nace hasta que se pone. El pico le sirve nada más que para cantar. ¡Pobrecito! Ya es bastante que además de eso, haya amasado con él el barro de que está echa su casa, y que ésta sea de una belleza y una solidez admirables.

El maestro era de los que no se apuraban. Pero no bien terminaba la obra que tenía entre manos, daba comienzo a otra.

-Lo importante -solía decir- es tener siempre el tiempo ocupado en algo. Ahora, como ese tiempo no es igual para todos, es justo que unos tarden más que otros en hacer la misma cosa.

En compañía de mi hermano Camilo fue al matorral de cañas de castilla y regresó al poco rato con una brazada de ellas. Nunca nos prometió algo, que no lo cumpliera, e iba a darnos una prueba de ello.

-¿Qué está por hacer? - pregunté.

-La jaula que a tu hermano le tengo prometida. Ya le habrá crecido de nuevo la cola al *choré que* soltó a pedido mío. Si vuelve a caer en una de sus trampas, esta vez no lo salva ni Dios.

Dividió las cañas en trozos iguales. Subdividió después varios de ellos, transformándolos en varillas, las que convenientemente alisadas, reemplazarían a los alambres. En la ingeniosa construcción de estas jaulas para nada entraban los clavos. Lo más difícil y engorroso del trabajo consistía en abrir con un hierro calentado al rojo, en los trozos de caña que servían de soportes, los agujeros por donde pasarían las varillas mencionadas. La tarea no dejaba de resultar peligrosa, pues a lo mejor el hierro escapaba por un lado, ocasionando quemaduras. Observábamos como adelantaba el trabajo, cuando el galope de un caballo me hizo volver la cabeza. Un jinete se dirigía por el camino, en dirección a la estancia. En el aludo sombrero pajizo que llevaba puesto, el ponchillo blanco que le colgaba de los hombros y las puntas de los pies apuntando hacia afuera en los estribos, reconocí al compadre Benítez. Ya desmontado, pude observarlo más de cerca. Aunque el tiempo era ya fresco, venía en mangas de camisa. Un ancho cinturón de cuero de onza, ribeteado de charol y adornado con monedas de plata -soles del Perú, bolivianos- sujetaba por detrás su cuchillo de larga hoja afilada, y empuñadura del mismo metal. Llevaba ceñido al cuello un sencillo pañuelo de algodón, a cuadros. Sus bombachas eran de brin ordinario y a fuerza de lavadas habían perdido todo color. Bajo la capa de grasa de caracú que las cubría, sus botasrelumbraban como dos espejos. ¡Y éste era el hombre de quien se decía era dueño de cinco o seis leguas de campo y doble número de miles de vacas! Saludó afablemente al maestro, dirigió algunas pullas a Tarico, que no lejos del grupo que formábamos, cortaba leña para la cocina -de cada dos golpes que daba, erraba uno, debido, según el compadre, a que su puntería se ejercitaba más en dirección a la botella de caña que al trozo de madera que hachaba-; y cogiéndome luego de la mano, me pidió que lo llevara donde se hallaba mi padre.

-¿A qué no sabés -me dijo- a qué vengo? A pedir a tu padre que te deje pasar el día con nosotros. Es decir, si a ello no te opones.

-Con mucho gusto.

-Lucho es quien me envía. - Lucho era uno de sus ahijados menores. Con esto no quiero decir precisamente que él "me manda"; sino que siendo como es por demás

vergonzoso, no se ha atrevido a hacer el pedido en persona. Así y todo, no me hubiera molestado, si sólo se hubiera tratado de pasar ambos un par de horas reunidos, correteando por la quinta o jugando a las bolitas: Lucho tiene muchas otras cosas, mejores que esas, que aprender de vos. Quiero hacer de él lo que no he conseguido con los demás ahijados: un hombre si no instruído, lo suficientemente preparado para desenvolverse sin ayuda ajena. El día que yo haya muerto y no cuenten ya con mi dirección, los demás ahijados tendrán al menos a quien recurrir en demanda de consejos.

Me refirió luego que después de haberlo tenido un par de años en la escuela de San Roque, tuvo que sacarlo, pues era mucho más lo que aprendía en la calle, que en ella.

-Es bastante despierto -agregó- como para que vaya aprendiendo sin mayor dificultad cuanto quieras ir enseñándole. Porque espero que este pedido que a tu papá y a vos les traigo, de que vengas conmigo, no será para que se cumpla una sola vez, sino tantas como sean necesarias hasta que Lucho te empareje. En el peor de los casos -agregó- y si tu padre no te deja venir a casa con la frecuencia que yo desearía, por lo menos espero que lo hagas hasta que aprenda de vos a conocer el valor del dinero y a contarlo debidamente. Actualmente, o los comerciantes en cuyas casas efectúo mis compras en San Roque, se quedan con una parte de la plata que mando, o quien se queda con ella es quien va a efectuar las compras.

Mi padre defirió al pedido que se le hiciera. Dos veces a la semana me trasladaría al Timbó -así se llamaba la estancia del compadre-, en compañía de Juan de Mata, quien aprovecharía la oportunidad para proceder a la revisación del ganado que allí poseíamos. Nos pusimos enseguida en marcha.

-Observo -me dijo el compadre- que tu petiso renguea de la pata izquierda.

-Alguna espina.

-No, una maceta. Y que el pelo de la cara se le va volviendo rosillo, señales ambas de vejez.

Bien lo sabía yo, y no era necesario que me lo repitiera. En cambio, la desmesurada crin del caballo que montaba el compadre y su larga cola, con la cual jugaba el viento, me parecía un lujo barato, del cual bien hubiera podido prescindir.

-¿No te parece que galopemos? -me preguntó-, y tomó la delantera.

Me llamó la atención que aquel hombre que contaba más de sesenta años, galopara con la desenvoltura y el garbo que lo hacía.

Media hora después estábamos en su casa. Lucho nos esperaba sentado sobre el palenque de junto a la tranquera. Ya nos conocíamos, aunque nos tratábamos con poca frecuencia. El mayor cultivo de mi inteligencia, hacía que ejerciera sobre él cierto ascendiente. Pero fuera que no me esforzara en hacerlo sentir, fuera que su natural bondadoso desconociera la envidia, siempre me demostró particular simpatía, y aun en los casos en que reñíamos, la iniciativa de la reconciliación siempre partía de él. Nuestra casa era modesta sin duda, pero no dejábamos de gozar de ciertas comodidades. En la del compadre, en cambio, faltaba casi todo. Componíase de dos grandes habitaciones -comedor y dormitorio- que se comunicaban por una puerta. Ocupaba el centro de la primera, una mesa de gruesas tablas de algarrobo, tablas que al principio debieron tener el color de la madera natural, pero que con el tiempo se fueron obscureciendo hasta volverse negras como el ébano, impregnadas como estaban de la gordura que se escurría de los sendos platos de locro, llenos hasta el borde, servidos en tal forma para saciar hambres largamente aplazadas por la urgencia de trabajos que no admitían demoras ni podían ser interrumpidos, como son casi siempre los de índole rural. Cuatro sillas de vaqueta rodeaban esta mesa. El resto de los asientos eran cajones vacíos, completados por un banco, una de cuyas patas no alcanzaba el suelo. En uno de los ángulos había una pequeña alacena donde se guardaba la leche ordeñada en jarros de lata; en otro, una tinaja barriguda servía de receptáculo al agua llovediza procedente de los goterones del techo. Un revuelo de alas que se escurrían por la puerta, me hizo levantar la vista -eran las de unas calandrias-. Hacía de cielorraso un zarzo, que estaba lleno de quesos. Habrían más de cien.

A los pajaritos que entraban a picotearlos no se les hacía caso. La disposición del dormitorio era más o menos parecida. Un lecho rústico, formado por tablas apenas labradas, ocupaba el sitio de la mesa. Rebasaba su hondura un colchón, cuyo fuerte olor a suarda hacía presumir que la lana de que estaba hecho no había sido suficientemente lavada. De uno de los muros colgaba, por la boca, un trabuco naranjero, y un sable todo oxidado. Una ventana con rejas de madera miraba hacia la quinta. Por allí el compadre espiaba a quienes venían a robarle de noche la fruta, lo que ocurría con alguna frecuencia debido a que el camino pasaba no lejos de la casa. Cuando sorprendía a alguno, le hacía un disparo con sal gruesa en lugar de municiones; las heridas producidas en tal forma eran más dolorosas y en ningún caso eran mortales. Formaba parte del mobiliario un arcón forrado con cuero de potro, claveteado con tachuelas de bronce y reforzado en los ángulos con chapas de idéntico metal.

En su interior el compadre tenía guardadas algunas pocas joyas de familia, los títulos de propiedad del campo, varias reliquias de las que hacen a uno invulnerable contra las balas, dos o tres santos de palo que fueron a parar allí en defecto de mesas o repisas donde exhibirlos, un par de candelabros de plata, la ropa de uso diario y algunas otras chucherías. Por la diversidad de su contenido, aquel antiguo armatoste bien merecía el nombre que llevaba, pues era una reproducción en pequeño del arca de Noé. Me llamó la atención un caño de tacuara, que en posición inclinada y como a un metro de altura, atravesaba el muro de parte a parte.

-¿Y ésto para qué es? - le pregunté.

-¿No adivinás?

-No, señor.

-Para orinar de noche. No he de hacerlo adentro. En cuanto a abrir la puerta a esas horas, ni que pensarlo. El número de asaltantes es muy grande y no he de brindarles la oportunidad de que me maten.

Invitóme luego a visitar la quinta. Formábanla frondosos naranjos, altos como quebrachos y tan antiguos, que sus troncos estaban en su mayoría carcomidos y sólo se sostenían por la cáscara. Como en todas partes, las naranjas del año aun no habían empezado a madurar, pero sobre el fondo de oscuro terciopelo del follaje, se balanceaban en la extremidad de los gajos infinidad de "invernisas", que tentaron mi gula, pues en casa no las había. Comimos con Lucho tantas de ellas como nuestros estómagos lo permitieron. El Compadre hizo traer y colocar a la sombra de uno de los árboles, una mesita. Sobre ella dispuso un tintero, una lapicera de pluma oxidada y varias hojas de amarillento papel de estraza, del que se emplea en los almacenes, para envoltorios.

-Ahora -exclamó el Compadre- hay que ponerse a trabajar. Hasta las doce, hora en que comemos, tienen un par de horas por delante. Si de lo mucho que sabés, le enseñás un poquito cada vez que venís, no digo que te igualará, pero, en fin, habrá dejado de ser el ignorante que hasta ahora es. Te has de especializar sobre todo con los números. Los números fueron en todo tiempo mi pesadilla, y no quiero que al ahijado le pase lo mismo. Terrible cosa es no saber contar. Todo el mundo tira a embromarlo. Conmigo no lo hacen porque sé defenderme. Entre cazar perdices con escopeta o con una cimbra de cerdas, hay diferencia. Pero las diferencias desaparecen cuando la perdiz va a parar a la olla. Eso pasa conmigo, mediante el ingenio natural que Dios me ha dado. Pero, ¿ocurrirá otro tanto con los ahijados? Para prevenirlo es que trato de que uno de ellos, el que de entre todos me parece más avispado, aprenda lo indispensable para que cualquier aprovechado no los convenza de que dos y dos no son cuatro sino cinco, y los obliguen a aceptar el pago de sus cuentas en tal forma.

Se alejó dejándonos solos, las manos en los bolsillos, el cuerpo ligeramente echado hacia atrás y levantando al caminar los pies, como cuando se anda entre espinas.

-¿Quién es esa mujer que salió a recibirnos? - pregunté a Lucho en un intervalo.

-Una de las Comadres. Ninguna vive aquí, pero todas tienen sus casas en el campo. Prestan servicio por turnos, viniendo una cada día. Les resulta más liviano el trabajo en esa forma. Mañana le corresponde el turno a mi madre.

Resultó ser Lucho un alumno despierto e inteligente. Poco o nada había aprendido en la escuela de San Roque. No sabía contar sino hasta veinte y en materia de escritura, apenas si sabía poner su nombre. Conocía el valor por separado de los números, pero no sabía formar con ellos cantidades. Se quedó con la boca abierta cuando me vio leer de corrido.

-Pronto lo harás vos también -le dije-. Lo que cuesta es el principio.

La mujer que nos recibió vino a anunciarnos que el Compadre nos esperaba para comer. Vestía falda de zaraza floreada y camisa escotada, de algodón; un pañuelo rojo le sujetaba a medias el cabello, pues éste se le escurría por los lados, en rizos abundantes. Su edad no pasaría de los treinta años, y aunque no se singularizaba por lo bonita, su rostro era sin embargo fresco y agradable y su cuerpo bien formado. Decididamente, el Compadre tenía buen ojo para elegir sus Comadres.

-¿Qué tal el alumno? -me preguntó-. Si éste no te sirve, puedo ofrecerte otro.

-No es necesario. Pero si asistiera a nuestra escuelita aprendería mucho más.

-Aprenderá mucho más en cualquier parte en que esté yo presente. Por eso lo saqué de la escuela de San Roque. Al principio creí que no aprendía nada por falta de entendimiento, hasta que me cercioré que lo que le faltaba no era eso sino dedicación. Ahora bien, sólo yo puedo inculcarle la última. Por eso conviene que no se aleje de mi lado. Vos lo enseñás a contar, leer y escribir. Yo, a que saque provecho de tus lecciones. La letra con sangre entra. Y no digo más.

La comida fue buena y abundante: locro de tripa gorda rebanada en anillos, guiso de patas de vaca sazonado con cumbarís -ajíes silvestres-, y una chatasca como nunca gusté de otra más rica, hecha de charque asado, pisado luego en el mortero y frito finalmente en fina grasa de capadura. Por la ventana abierta frente a mí, vi llegar, unos en pos de otros, a los ahijados -conté hasta diez de ellos-, penetrar en la cocina y salir luego de ella con un plato de locro en la mano. Ordinariamente -según me lo refirió Lucho después- comían en compañía del compadre, pero eran tan cortos que la presencia de un extraño -en mi caso se trataba de un niño- los cohibía. Pasamos la siesta bajo los naranjos, acostados en catres de lona. De todas partes acudían pájaros, buscando también la sombra acogedora de los árboles. Si la siesta es para el hombre la hora del reposo, para el ave lo es del arrullo, del canto a media voz. Diríase que lo ensaya en la penumbra para elevarlo después, segura de no equivocarse, a plena luz. Con los ojos cerrados y el sombrero colocado sobre ellos, para atenuar sus efectos, me deleitaba oyéndolas. El agudo balido de un toro, el relincho de un potro o el grito salvaje del carpincho, desviaban mi atención; aceleraban mi pulso al hacerme pasar de un estado de ánimo tranquilo al de las emociones violentas. La naturaleza me poseía en horas como esa, de una manera total y absoluta, hasta el punto de no sentirme diferente a la flor, o a la rama que la sostenía, al ave que con vuelo ondulante se paseaba por los cielos o al ratón del campo -anguyá tutú- que a pocos metros de mí, cavaba bajo el suelo, se asomaba a mirarme, semi oculto por la cortina de tierra que levantaba, y se escondía nuevamente. Concluí por dormirme. Soñé que era un pájaro más, y que arrullaba como ellos.

Horas después emprendí la vuelta, acompañado por Lucho y el Compadre, pues siendo ya casi oscuro no me dejaron regresar solo.

Encontramos la estancia revolucionada. Algo grave pasaba. Mi padre daba órdenes. En circunstancias de llegar tía Jesús, con una palangana de agua recién tirada del pozo, salía mi madre de una de las habitaciones, trayendo una toalla. Tras hundirla en el agua y retorcerla, emprendió el regreso. Mi padre vino a nuestro encuentro. Fácil era leer en su rostro, lo preocupado que estaba.

-¿Qué les pasa - preguntóle el Compadre, luego de cambiados los saludos.

-Ha ocurrido una desgracia. Al zafar el hierro encendido con el que el maestro agujereaba una caña, le ha penetrado bajo un párpado ocasionándole una grave quemadura.

-Ha sido una imprudencia.

-Que puede costarle la vista. He despachado un chasque a Bella Vista, en busca de remedios. Mientras tanto le aplicamos para calmarle los dolores, paños de agua fría. Es todo cuanto podemos hacer.

-Esa clase de heridas suelen ser muy dolorosas.

-Él no lo demuestra. Es que le sobra valor.

La pieza del maestro se hallaba completamente a oscuras.

Él había pedido que no encendieran luces, por resultarle en esa forma menos agudos los dolores.

Cuando le pregunté cómo se sentía, se limitó a levantar la mano. A la pregunta de mi madre, de si necesitaba algo, respondió:

-Nada, señora. Esto pasará. En el peor de los casos, sólo perderé la vista de un lado. Todo se reducirá a tener que mover un poco más la cabeza para enfocar bien las cosas con el otro ojo. Felizmente las visagras del cuello no se gastan como las de la puerta.

Dos días y dos noches pasó sin abrir los ojos, con la pieza completamente a oscuras. Cuando intentaba abrir el ojo sano, le dolía tanto el otro, que tenía que cerrarlo de nuevo. Los remedios llegados de Bella Vista le aliviaron los dolores pero no lo curaron. Por fin, tras un lavaje copioso, consiguió entreabrir el ojo lesionado.

-¿Alcanza a ver? - le preguntó mi padre.

-Una mancha blanca.

No se equivocaba: una mancha blanca cubríale casi por completo la pupila. Cuando dejó la pieza, lo primero que hizo fue mirarse a un espejo.

-Hay una nube, dijo, que a diferencia de las que suelen oscurecer el cielo, no se irá más. Tendré no más que andar nublado.

La jaula, que quedó a medio hacer a consecuencia del accidente ocurrido, fue terminada poco tiempo después por el Maestro. Era sólida y bien construída, lo suficientemente espaciosa para contener varias aves, y en su parte superior tenía una especie de torrecilla donde éstas podían aislarse cuando deseaban estar solas.

No tardó en ocuparla una pareja de chorés casada por aquel de mis hermanos a cuyas manos fue a parar la jaula, de acuerdo con la promesa que le hiciera el Maestro.

Las plumas del centro de la cola de uno de los chorés se hallaban sólo a medio crecer.

-El diablo me lleve -observó el Maestro- si no es el mismo que soltaste la vez pasada. Si hubo entonces una razón para largarlo, ahora hay una doble razón para no hacerlo.

-Claro -le respondí-. La del precio de la jaula, es decir el ojo que casi Ud. perdió, sería una de ellas. La otra es que jaulas como ésta no se ven en todas partes y vivir dentro de ella debe ser un placer antes que un padecimiento.

-Vas mal -replicó el Maestro-. La razón es que si no escarmentó con lo que le pasó la primera vez, es el único responsable de perder de nuevo la libertad. La otra razón es que ahora vivirá con otro pájaro igual a él, y en vez de picotazos hasta matarse como hubiera ocurrido con otra clase de pájaros, ahora no pensarán sino en cantar. ¿Has escuchado vos un canto igual?

Tenía razón. El silencio de la siesta, hora en que las demás aves callan y que el choré elige para dejar oír su voz, el rumor del viento entre las ramas, vuelto apenas perceptible para que esa voz pueda ser escuchada mejor, la luz que crece como una pupila que para ver con más claridad se dilata, y se filtra por entre las hojas para descender hasta él y envolverlo en su llama, y el cálido aroma de las flores, subiendo de los campos, a su encuentro, para brindarle un motivo más de inspiración, hallan en dicho canto su más genuina expresión. Para lograr tal resultado, el artista se ha valido de un instrumento simple: un violín, del que nunca se separa, cuya caja es su bóveda palatina, y cuyo arco es su garganta.